

Su teoría temía y se indignaba ante la práctica. No negaba las doctrinas de su vida, pero se cubría el rostro para no contemplar sus excesos, y las desgracias del rey le arrancaban lágrimas amargas. Este príncipe había sido la esperanza y algunas veces la ilusión de Malesherbes. Testigo y confidente de sus votos por la dicha del pueblo y por la reforma de la monarquía, Malesherbes había creído ver en el joven rey uno de estos soberanos reformadores que abdican por sí mismos el despotismo, que presentan su fuerza á las revoluciones para cumplirlas y moderarlas, y que legitiman el trono por los beneficios que proceden del alma de un rey benéfico. Malesherbes, ministro corto tiempo, había dejado de serlo sin perder su adhesión al rey. Conocía que la influencia de la corte le había arrancado su discípulo; pero había dejado un amigo secreto en su señor. Del fondo de su destierro le había seguido con los ojos, desde los Estados generales hasta el calabozo del Temple. Una correspondencia secreta, pero á largos intervalos, había llevado á Luis XVI los recuerdos, los votos y las conmiseraciones de su antiguo servidor. Al saber la noticia del proceso del rey, Malesherbes abandonó su retiro campestre y escribió á la Convención. El presidente Barere leyó su carta á la Asamblea.

«Ciudadano presidente,—decía Malesherbes,—no sé si la Convención dará á Luis XVI un consejo para defenderle, y si le dejará á su elección. En este caso, deseo que Luis XVI sepa que si me elige para este cargo, estoy pronto. No os pido deis parte á la Convención de mi deseo, porque estoy muy lejos de creerme un personaje tan importante para que se ocupe de mí; pero he sido llamado dos veces al consejo de aquel que fué mi señor, en tiempos en que este puesto era ambicionado por todo el mundo. Le debo el mismo servicio cuando se presenta un cargo que muchos creen peligroso. Si supiese un medio de hacerle conocer mis disposiciones, no me hubiera tomado la libertad de dirigirme á vos. He pensado que, en el lugar que ocupais, tendríais más medios que otro alguno para comunicarle este aviso.»

Toda la Convención, al oír el nombre de Malesherbes, sintió la conmoción eléctrica que imprime á las reuniones el nombre de un ciudadano virtuoso, y la emoción que experimenta la muchedumbre al ver un acto de valor y de virtud. Hasta el odio reconoció los santos derechos de la amistad en la súplica de Mr. de Malesherbes, y se accedió á ella. Algunos miembros protestaron contra el sistema de lentitud que las formalidades del proceso iban á perpetuar entre el culpable y el cadalso. «Se quiere con estas dilaciones prolongar el negocio durante un mes», —dijo Thuriot. «Los reyes—exclama Legendre—no dilatan sus venganzas contra los pueblos, ¡y vosotros dilatareis la justicia de un pueblo contra el rey!» «Preciso es derribar el busto de Bruto,—continuó Billaud-Vareñnes, mostrando con el gesto la estatua de aquel romano,—porque no titubeó como nosotros en vengar á un pueblo de un tirano.»

V

Introducido aquel mismo día en la torre donde gemía su señor, Malesherbes se vió precisado á aguardar en el último postigo. Los comisarios de la municipalidad encargados de impedir la introducción furtiva de toda arma que pudiese sustraer al rey por el suicidio al cadalso, le detuvieron largo rato en aquella pieza.

El nombre y aspecto del anciano inspiraron algun respeto á los guardianes, y él mismo se registró delante de ellos, no llevando más sobre sí que algunos documentos diplomáticos y el diario de las sesiones de la Convencion. Dorat-Cubieres, miembro de la municipalidad, hombre más vano que cruel, jactancioso de libertad, escritor de tocador, fuera de su lugar en las tragedias de la revolucion, estaba de servicio en la antesala del rey. Dorat-Cubieres conocia á Mr. de Malesherbes, y respetaba en él un filósofo que Voltaire, su maestro, habia señalado con frecuencia al reconocimiento de los sabios. Hizo acercar al anciano á la chimenea y le habló familiarmente. «Malesherbes,—le dijo,—sois el amigo de Luis XVI. ¿Cómo podeis traerle diarios en donde verá toda la indignacion que el pueblo manifiesta contra él?» «El rey—respondió Malesherbes—no es un hombre como cualquiera: tiene un alma fuerte, y una fe que le hace superior á todo.» «Vos sois un hombre honrado,—le contesta Cubieres,—pero si no lo fuéreis, podríais prestarle un arma, un veneno, y aconsejarle una muerte voluntaria.» La fisonomía de Mr. de Malesherbes manifestó, al oír estas palabras, una reticencia que parecia indicar en él el pensamiento de una de estas muertes antiguas que arrebataban el hombre á la fortuna, y que le hacian, en el colmo de su desgracia, su propio juez y su libertador. Despues, como volviendo sobre sí de su pensamiento, dijo: «Si el rey profesase la religion de los filósofos, si fuese un Canton ó un Bruto, podria suicidarse; pero es piadoso y cristiano; sabe que su religion le prohíbe atentar contra su vida: no se dará la muerte.» Estos dos hombres se lanzaron algunas miradas de inteligencia, y callaron como si reflexionasen interiormente cuál de las dos doctrinas era la más enérgica y más santa, si aquella que permite libertarse de la suerte, ó la que manda sufrir su destino aceptándole.

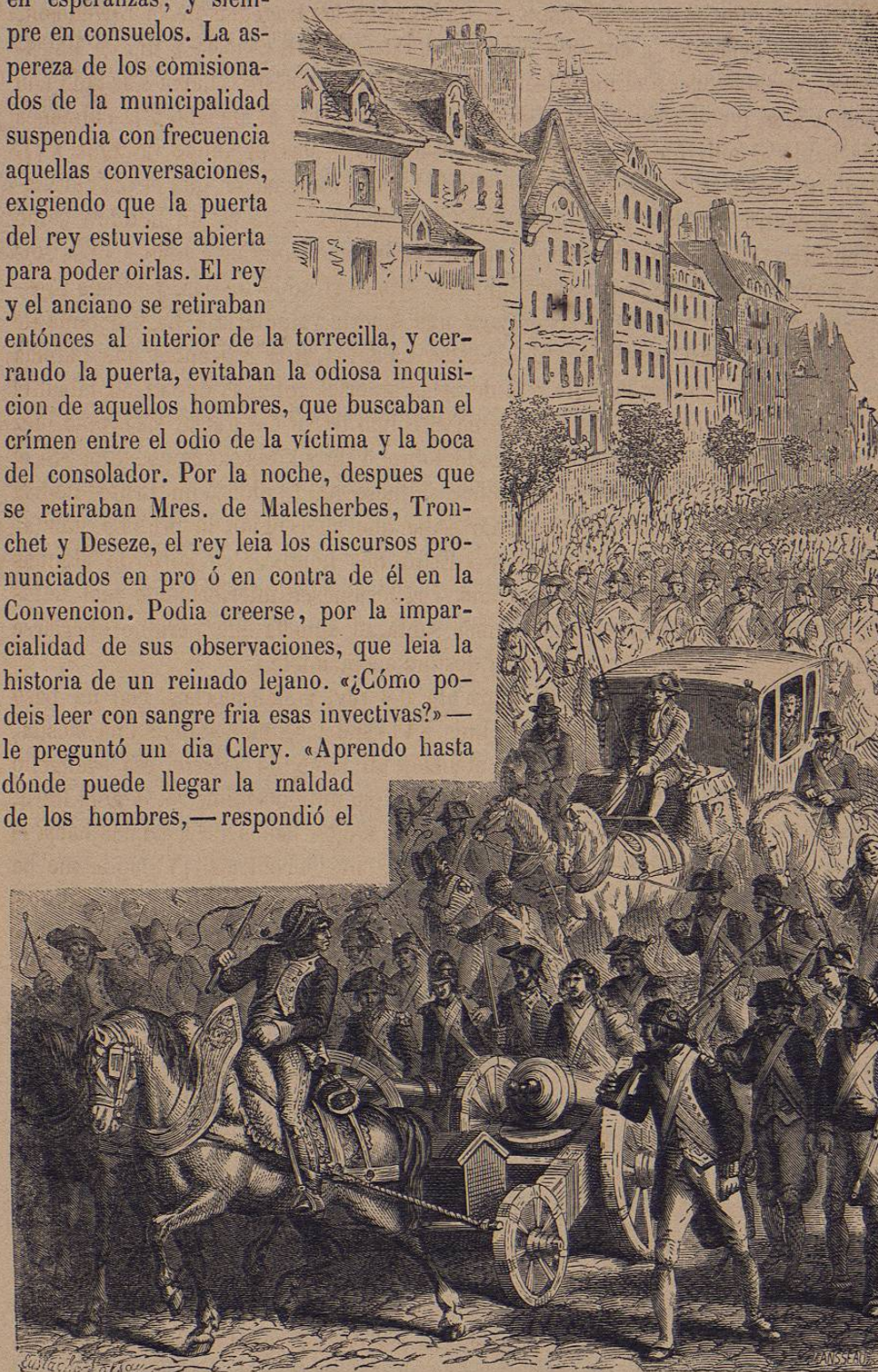
Se abrió al fin la puerta del aposento del rey, y Malesherbes, con un paso indeciso, se adelantó hácia su señor. Luis XVI estaba sentado junto á una mesita, teniendo en la mano y leyendo con atencion un tomo de *Tácito*, ese evangelio romano de las grandes muertes. El rey, al ver á su antiguo ministro, dejó el libro, se levantó y dirigió con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas hácia el anciano. «¡Ah! —le dijo abrazándole.— ¡Dónde me encontráis! ¡Y dónde me ha conducido mi pasion por el bienestar de este pueblo, que tanto hemos amado los dos! ¡Dónde venis á verme! Ese cariño expone vuestra vida y no salvará la mía.»

Cubriéndole las manos de lágrimas, Malesherbes manifestó al rey el placer que sentia en consagrarle lo que le quedaba de vida, y en mostrarle en su prision un amor siempre sospechoso en el palacio. Trató de volver al prisionero la esperanza en la justicia de sus jueces y en la piedad de un pueblo cansado de perseguirle. «No,—respondió el rey;—estoy seguro de que me quitarán la vida, porque tienen el poder y la voluntad de hacerlo. Pero no importa, ocupémonos de mi proceso, como si su fallo debiese serme favorable, y en efecto será, pues dejaré una memoria sin mancha.»

Entraban todos los dias en el Temple con Malesherbes Tronchet y Deseze, quienes preparaban los elementos de la defensa. El rey recorria con ellos los textos de acusacion y las diferentes circunstancias de su reinado que en su pensamiento la refutaban, y pasaba muchas horas haciendo á sus defensores la relacion de su vida pública. Tronchet y Deseze venian á las cinco, y salian á las nueve; Malesherbes venia siempre ántes, y era introducido todas las mañanas en el cuarto

del rey. Llevaba al príncipe los papeles públicos, y los leia con él y preparaba el trabajo de la noche.

El alma del rey se enternecía y dilataba con libertad; en estas conversaciones particulares, el cariño de Malesherbes cambiaba algunas veces aquellos desahogos en esperanzas, y siempre en consuelos. La aspereza de los comisionados de la municipalidad suspendia con frecuencia aquellas conversaciones, exigiendo que la puerta del rey estuviese abierta para poder oirlas. El rey y el anciano se retiraban entónces al interior de la torre, y cerrando la puerta, evitaban la odiosa inquisicion de aquellos hombres, que buscaban el crimen entre el odio de la víctima y la boca del consolador. Por la noche, despues que se retiraban Mrs. de Malesherbes, Tronchet y Deseze, el rey leia los discursos pronunciados en pro ó en contra de él en la Convencion. Podia creerse, por la imparcialidad de sus observaciones, que leia la historia de un reinado lejano. «¿Cómo podeis leer con sangre fria esas invectivas?» —le preguntó un dia Clery. «Aprendo hasta dónde puede llegar la maldad de los hombres,—respondió el



El rey conducido á la Convencion.—Pág. 264.

rey;—porque no creía que los pudiese haber tan malos.» Sin decir más, se durmió.

Un ovillo de hilo, en el que había envuelto un papel donde con picaduras de aguja se trazaban letras, servía á las princesas para estar en correspondencia con el cautivo. Turgy, que servía á la mesa en el cuarto del rey y en el de la reina, ocultaba el ovillo en un armario del comedor. Allí lo hallaba Clery, y volvía á colocar en su lugar el ovillo que contenía la respuesta del rey. De este modo, las mismas esperanzas y los mismos temores, deslizándose á través de los muros, palpitaban á la vez en los dos pisos y confundían en un mismo pensamiento las almas de los prisioneros.

Después la reina dejaba caer un bramante, á cuyo extremo había un billete, sobre el cobertizo en forma de embudo que guarnecía la ventana del rey, colocada directamente debajo de la suya, y volvía á recogerle cargado con las confidencias y ternuras para su mujer y su hermana.

Desde que estaba aislado, el rey no había querido bajar al jardín á tomar el aire. «No puedo resolverme á salir solo,—decía;—me agradaba el paseo cuando disfrutaba de él con mi mujer y mis hijos.» El 19 de Diciembre dijo á Clery á la hora de almorzar, delante de los cuatro municipales de guardia: «Hace catorce años, madrugásteis más que hoy». Una triste sonrisa reveló á Clery el sentido de aquellas palabras. Enternecido el criado, calló por economizar la sensibilidad de un padre. «Es el día—continuó el rey—en que nació mi hija. ¡Hoy, día de su cumpleaños, estoy privado de verla!» Y mojó el pan con sus lágrimas. Los municipales, mudos y enternecidos, parecía que respetaban aquel recuerdo de días felices que atravesaba la prision como para hacerla más sombría.

VI

El día siguiente, Luis se encerró solo en su gabinete y escribió mucho tiempo. Fué su testamento, último adiós á la esperanza. Desde entonces, sólo esperó en la inmortalidad. Legaba en paz todo aquello que podía legar su alma: su ternura á su familia, su reconocimiento á sus criados, y su perdón á sus enemigos. Después apareció más tranquilo; había firmado como cristiano la última página de su destino.

«Yo,—decía en términos textuales, pero más extensos, esta confesión póstuma en que el hombre parece hablar de otra vida,—Luis XVI de este nombre, rey de Francia, encerrado desde hace cuatro meses con mi familia en la torre del Temple, en París, por aquellos que eran mis súbditos, y privado de toda comunicación desde hace once días aún con mi familia; implicado además en un proceso cuyo resultado es imposible prever, á causa de las pasiones de los hombres; teniendo sólo á Dios por testigo de mis pensamientos y á quien poder dirigirme, declaro aquí, en su presencia, mi última voluntad y mis sentimientos. Dejo mi alma á Dios mi criador, y le ruego la reciba en su misericordia. Muero en la fe de la Iglesia y en la obediencia de espíritu á sus decisiones. Suplico á Dios perdone todos mis pecados. He tratado de reconocerlos escrupulosamente, de detestarlos y humillarme delante de él. Ruego á todos aquellos á quienes haya podido haber ofendido involuntariamente (porque no recuerdo haber hecho á sabiendas ofensa alguna á nadie) me perdonen el mal que crean pueda haberles ocasionado.

Ruego á todos aquellos que tienen caridad unan sus súplicas á las mías. Perdono de todo corazón á los que se hayan declarado mis enemigos sin haberles dado ningún motivo, y pido á Dios les perdone, lo mismo que á aquellos que por un celo falso ó mal entendido me causaron mucho mal. Recomiendo á Dios mi esposa y mis hijos, mi hermana, mis tías, mis hermanos, y todos aquellos que me están unidos por los lazos de la sangre ó de cualquiera otro modo. Suplico á Dios particularmente dirija sus ojos misericordiosos á mi esposa, mis hijos y hermana, que desde hace tanto tiempo sufren conmigo; que los sostenga con su gracia si me pierden, en tanto que permanezcan en este mundo perecedero.

»Recomiendo mis hijos á mi esposa, porque jamás he dudado de su ternura por ellos; y sobre todo, que no les haga mirar las grandezas de este mundo, si están destinados á probarlas, sino como bienes peligrosos y pasajeros, y que vuelvan sus ojos hácia la única gloria sólida y durable de la eternidad. Ruego á mi hermana continúe dispensando su ternura á mis hijos, y ocupando el lugar de madre, si tuviesen la desgracia de perder la verdadera. Suplico á mi esposa me perdone todos los males que sufre por mí, y los disgustos que pude haberle dado durante nuestra unión; como puede estar segura de que no llevo ningún resentimiento contra ella, si creyese tener alguna cosa que echarse en cara.

»Recomiendo mucho á mis hijos, después de lo que deben á Dios, que es ántes que todo, permanezcan siempre unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre, reconocidos á todos los cuidados que les ha prodigado en memoria mía; les ruego miren á mi hermana como una segunda madre.

»Recomiendo á mi hijo, si tuviese la desgracia de llegar á ser rey, piense que se debe todo á la felicidad de sus conciudadanos; olvide todo odio y resentimiento, y particularmente lo que tiene relación con las desgracias y disgustos que yo experimento. Que recuerde que no puede hacer la dicha del pueblo sino reinando según las leyes; pero al mismo tiempo, que un rey no puede hacerlas respetar, y hacer el bien que desea su corazón, sino mientras tiene la autoridad necesaria; y que de otro modo, siendo contrario en sus actos y no inspirando respeto, es más dañoso que útil. Que piense he contraído una deuda sagrada con los hijos de aquellos que han perecido por mí y con los que son desgraciados por mi causa. Le recomiendo á Mrs. Hue y Chamilly, cuyo cariño hizo se encerrasen conmigo en esta triste mansión. Le recomiendo también á Clery, que me ha cuidado cuanto ha podido desde que está conmigo, y como me acompañó hasta el fin, suplico á la municipalidad le entregue mis vestidos, mis libros, mi reloj, mi bolsillo y los otros muebles que me quitaron y fueron depositados en su consejo.

»Perdono á mis guardianes los malos tratamientos y las incomodidades que han creído deber proporcionarme. He hallado entre ellos algunas almas sensibles y tiernas. Gocen en su corazón de la tranquilidad que debe proporcionarles su proceder. Suplico á Mrs. de Malesherbes, Tronchet y Deseze reciban aquí todo mi agradecimiento y la expresión de mi sensibilidad por todas las atenciones y todos los trabajos que se han tomado por mí.

»Concluyo declarando en presencia de Dios, y pronto á aparecer ante él, que no creo haber cometido ninguno de los crímenes que me han atribuido.

»Hecho por duplicado en la torre del Temple, el... de Enero de 1793.—
Luis.»

VII

De este modo, aquella alma, abriéndose en su último exámen al dia escrutador de la inmortalidad, nada leía en sus más secretos pensamientos sino intencion recta y perdon. El hombre y el cristiano se hallaban sin mancilla; todo el crimen, ó más bien toda la desgracia, estaba en su situacion. Este papel, sellado por la ternura, bañado con sus lágrimas y bien pronto con su sangre, era el irrecusable testimonio que su conciencia misma llevaba ante Dios. ¿Qué pueblo no hubiese adorado á este hombre si no hubiese sido un rey? Pero ¿qué pueblo, á sangre fria, no hubiese absuelto á un rey que perdonaba y amaba tanto? Este testamento, el acto más grande de la vida de Luis XVI, porque fué el de su alma sola, juzgaba más infaliblemente su vida y su reinado que el fallo inflexible pronunciado bien pronto por hombres irritados. Descubriéndose así él mismo al porvenir, Luis acusaba involuntariamente la dureza de los tiempos que iban á condenarle al suplicio. Creía haber perdonado, y por la misma sublimidad de su dulzura se había vengado para siempre.

Aquel mismo dia vinieron sus defensores á presentarle el plan completo de su defensa. Malesherbes y el mismo rey habian suministrado los documentos de hecho, y Tronchet los argumentos de derecho. Deseze habia redactado la defensa, y la leyó. La peroracion se dirigia al alma del pueblo, y se esforzaba por conmovér á los jueces con el cuadro patético de las vicisitudes de la familia real. Este apóstrofe á la nacion hizo llorar á Malesherbes y á Tronchet, y áun el mismo rey estaba conmovido con la piedad que su defensor queria inspirar á sus enemigos; sin embargo, su altivez se avergonzó al implorar de ellos otra justicia que la de su conciencia. «Es necesario quitar esta introduccion, —dijo Luis á Deseze;— no quiero enternecer á mis acusadores.» Deseze resistió, pero la dignidad de su muerte pertenece al moribundo, y el defensor cedió, y cuando se retiró con Tronchet, y el rey se quedó solo con Malesherbes, parecia poseido de un pensamiento secreto. «Tengo un gran pesar añadido á tantos otros, —dijo á su amigo.— Deseze y Tronchet nada me deben; me dan su tiempo, su trabajo, y quizá su vida. ¿Cómo pagar este servicio? Nada tengo, y aunque les hiciese un legado, no se lo pagarían. Además, no son los bienes de fortuna los que pagan deudas de esta clase.» «Señor, —dijo Malesherbes,— su conciencia y la posteridad se encargarán de su recompensa; pero podeis desde ahora concederles una, que apreciarán más que vuestros mayores favores cuande érais feliz y poderoso.» «¿Cuál?» —preguntó el rey. «Señor, abrazadlos.» Al dia siguiente, cuando Deseze y Tronchet entraron en el cuarto del prisionero para acompañarle á la Convencion, éste, silencioso, se acercó á ellos, abrió sus brazos y los tuvo estrechados largo rato. El acusado y los defensores no se hablaron, porque los sollozos se lo impedían, pero el rey se sintió aliviado; daba todo cuanto tenia, que era un abrazo contra su corazon. Deseze y Tronchet se creyeron pagados; habian recibido cuanto ambicionaban: el salario de lágrimas de un desgraciado abandonado de todos sus súbditos, y el reconocimiento de un moribundo.

VIII

Santerre, Chambon y Chaumette vinieron algunos instantes despues á buscar al rey para conducirle por segunda vez á la Convencion con el mismo aparato de fuerzas. La Convencion le hizo esperar cerca de una hora, como á un cliente ordi-



Lanjuinais.

nario, en la antesala de sus deliberaciones. El exterior del rey era más decente, su traje ménos raído que en su primer interrogatorio, y su rostro manifestaba ménos que vivía en un calabozo. Sus amigos le habian aconsejado no se afeitase, á fin de que la crueldad de sus carceleros, escrita en su rostro, excitase á la vista la indignacion y el interes del pueblo. El rey rechazó con desden este medio teatral de conmovér en su favor, cifrando su derecho á la compasion en su alma, y no en sus vestidos. Los comisarios, á instancias suyas, consintieron en dar unas tijeras á Clery para que cortase la barba á su amo. Su fisonomía estaba tranquila y sus ojos serenos. Más á propósito para resignarse que para combatir con la suerte, la proximidad de la última desgracia engrandecia á Luis XVI.